

FLORENCIA ETCHEVES



MADAME
BORGES

FLORENCIA ETCHEVES

MADAME BORGES

1

En la puerta principal de la Feria del Libro, la brisa del otoño se convierte en un huracán y los rayos del sol, en espadas de hielo. Me cubro el pecho con la chalina de seda azul. Tenía razón mi abuela cuando me amenazaba con la existencia de infiernos de hielo.

¿Me retiro en silencio o peleo? Me vienen a la cabeza los samuráis japoneses. Será porque son la casta perfecta, servidores de lealtad inquebrantable. Para ellos el honor, la palabra, los juramentos y el coraje se valoran por encima de la propia vida. Me voy a subir al *ring* de la batalla. Yo soy un samurái. Su samurái, Borges.

Miro con atención el cartel que me dejó tiesa: fondo negro, letras blancas, y debajo una foto suya. Se le ve rozagante con ese traje gris. Camisa blanca, corbata negra, y con sus ojos ciegos enfocados hacia abajo. Pero no es la foto lo que me deja clavada al piso. No. Son las letras, el texto, el engaño, la patraña.

Abrazo la cartera que elegí para la ocasión. Es la de cuero verde, la que tiene forma de cabeza de dinosaurio. Esa que me compró usted, Borges, en los Estados Unidos. Esa que uso cada vez que quiero escandalizar. Pero claro, hasta hace un rato no sabía que el escándalo no iba a tener nada que ver con mi cartera.

Mi mirada se topa con la de mi amigo Juan Azores, que inmediatamente apoya su mano firme sobre mi hombro. A veces sabe cómo calmarme, pero creo que hoy no va a conseguirlo.

—Ayúdame a sacar esa infamia de ahí —le digo mientras señalo el cartel con el dedo índice, cargado de anillos finitos de marfil—. No puedo creer que todavía insistan con esto.

—María, calmate... —me replica Juan, sin quitarme la mano del hombro.

—Estoy calmada —le aclaro con el tono de voz más bajo y monótono que tengo.

No puedo quitar los ojos del poema que me obsesionó durante años, un texto ramplón que alguien le adjudicó a usted, Borges.

Un millón de dólares me ofrecieron años atrás para participar en una lectura colectiva de «Instantes» en el puente de Brooklyn. Amenacé con demandarlos por diez millones y logré frenar el evento. Pero ahora, la mentira está exhibida ni más ni menos que en Buenos Aires. En su Buenos Aires, Borges. Y no lo voy a permitir.

Avanzo dos pasos hacia el cartel, me pongo en puntas de pie y, con un tirón firme y seco, logro arrancarlo. La lona cae al piso ante la mirada atónita de Juan. No puede creer mi fuerza, y menos aún mi determinación. A veces yo tampoco.

—Juan, no te quedes ahí parado. Hagamos un rollo con esta porquería.

Entre los dos conseguimos enrollar el cartel, ante el escrutinio de la gente que pasa. Y quiero más. Voy por todo.

Cruzamos a paso rápido la explanada del predio y entramos al primer galpón, sin detenernos. Me gusta que nadie se atreva a frenarnos el paso. Parece que todos saben que, aunque un animal esté herido, siempre recuerda que tiene dientes para morder. Y yo muerdo. Muerto fuerte.

La oficina de la directora de la Feria del Libro está en el fondo. La puerta está entornada. La empujo con la punta del pie y entro.

La directora está sentada detrás de un escritorio improvisado, toma notas en un cuaderno. Levanta la cabeza y me ve. Se acomoda los anteojos y alza las cejas. La expresión es de total asombro. Y no es para menos.

Puede verme cargar con esfuerzo la lona. Observa también mi túnica color maíz, mis collares de piedras de coral. Lo que no puede ver es la furia de mis ojos. Los lentes de sol le hacen el favor. Nadie quiere estar sometido a mis ojos cuando la ira se apodera de ellos.

No le doy tiempo ni de saludar. Desenrollo el cartel encima de su escritorio, y un vaso de agua cae al piso. El poema «Instantes» queda expuesto. Y su foto, Borges, también.

—¿Qué significa esto? Es vergonzoso. Estoy atónita —escupo las palabras con desprecio.

Noto cómo la directora toma aire y la bocanada se le atora en la garganta. Lo disfruto. Ella sabe muy bien que ese poema no es suyo, Borges. Igual intenta tranquilizarme.

—¡Ay, María! ¡Qué papelón! —exclama con un hilo de voz.

La interrumpo. Quiero hablar yo. El universo de las palabras no dichas me parece una desgracia.

—Yo no voy a permitir que cambien la obra de Borges ni que la inventen. Yo sé muy bien el trabajo que le llevaba a Borges revisar cada palabra de sus textos. Es como que te torturen o te maten un hijo. Es lo mismo. El hecho de que sea algo intelectual no significa que no tenga tanta importancia como algo físico. Para mí es lo mismo.

—Por supuesto, María. Tenés toda la razón del mundo. Fue un error involuntario de alguna de las chicas...

Sonrí con sarcasmo. Estoy harta de las excusas.

—Nadie es responsable acá. La culpa siempre es del otro. Por eso se cometen una y otra vez los mismos errores. Yo estoy educada en la cultura de la responsabilidad, y soy responsable de la obra de Borges. ¿Por qué les cuesta tanto entenderlo?

La directora logra recomponerse. Enrolla el cartel y lo acomoda en un rincón, junto al tacho de residuos. Una puesta en escena para mostrarme que ese cartel es basura. Nada que yo no sepa. Y se vuelve a disculpar. Me gustaría perdonar, pasar página, seguir adelante, pero no siempre el perdón es suficiente. Por un segundo me pregunto qué cosa me dejaría con el alma en paz. No encuentro respuesta. Lo que sí encuentro son palabras. Las palabras nunca me dejan sola.

—Esta Feria que tanto dice querer a Borges nunca lo leyó. Nadie que lo haya leído puede pensar que ese texto es de él. Si él hubiera escrito esa porquería, yo me habría desenamorado de inmediato, y ustedes no tendrían estos problemas conmigo. ¿Cómo Borges iba a escribir ese poema pesaroso? Él nunca se arrepintió de su vida, de nada. —Trago saliva y tomo aire—. Y te voy a decir algo por última vez. Si ustedes piensan que ese poema lleno de lugares comunes es de Borges, entonces no merecen a Borges.

No quiero quedarme ni un segundo más en este sitio en el que cada año me siento expulsada. Salgo del predio a paso rápido. Agacho la cabeza para evitar contactos visuales. Meto la mano en mi cartera de dinosaurio y saco mi cámara de fotos digital. Es nueva, regalo de una amiga. Me quito los anteojos y enfoco el lugar en el que, hasta hace un rato, estaba el cartel de la discordia. Ahora es solo un espacio vacío. Aprieto el botón plateado y la imagen queda congelada.

Esta foto me va a recordar siempre que debo seguir firme en mi misión, firme junto a usted, Borges. Firme como una estaca. Porque usted es la mitad de mi vida.

Forever and ever and a day.

El sol se fue ocultando de a poco, y la claridad del ambiente dio paso a una oscuridad tímida. Ni la madre ni la hija se dieron cuenta, siguieron leyendo un rato más a pesar del esfuerzo.

En una punta del sillón, Antonia, la madre, descruzó las piernas con elegancia; apoyó el libro sobre sus rodillas y hundió la cabeza en las letras. En la otra punta, María, la hija, se mordía el labio inferior; no quería llorar. El cuento «Las ruinas circulares», de un autor llamado Jorge Luis Borges, la conmovía hasta las lágrimas. A pesar de que era una niña y de que gran parte del relato se le hacía confuso, en la desesperación del protagonista por inventar a un ser humano mediante el sueño, había algo que le tocaba una fibra muy profunda. Tanto, que iba a quedar presa de ese cuento durante toda su vida.

—Queridita... —susurró Antonia—. ¿Me escuchás?

La niña apartó los ojos del libro y miró a su madre. La mujer estaba acurrucada contra el respaldo del sillón con las piernas abrazadas y la barbilla hundida en las rodillas. El atardecer daba paso a la noche, la oscuridad en la sala era casi total, y con las sombras llegaba el miedo. Antonia era temerosa, todo la hacía temblar: la lluvia, los perros, la velocidad de los autos, los ruidos. Los asuntos más cotidianos solían llenarla de incertidumbre.

—Sí, mami. Te escucho.

—Queridita, andá a prender la luz que mami tiene miedo.

El corazón de María se aceleró de golpe y la piel se le puso fría. ¿Qué había asustado a su madre esta vez? ¿Un monstruo? ¿Un fantasma? Las elucubraciones no duraron demasiado.

—Andá tranquila, queridita mía. Vos sos una nena muy valiente —insistió la mujer.

Esa frase le dio a María no solo la confianza necesaria para levantarse del sillón y llegar a tuestas hasta la lámpara de la sala; también le enseñó que el miedo te encierra, te atrapa. Gracias al miedo de su madre, María perdió el suyo para siempre.

Antonia esperó a su hija en el sillón, con los brazos abiertos y una sonrisa. El abrazo fue breve, pero intenso.

—Como premio te voy a regalar una canción, queridita mía —dijo mientras se ponía de pie y estiraba la falda que cubría hasta los tobillos sus piernas blancas y perfectas.

En una esquina de la sala, el piano de cola negro brillaba como una pieza perfecta de azabache. El banco, forrado con pana de color rojo, creaba un efecto tranquilizador. Ese era el único espacio en el que Antonia no tenía miedo. El marfil de las teclas, el ruido sordo de los pedales de bronce y el temblor de la caja de resonancia eran para ella los tranquilizantes más eficaces. Hizo sonar los huesos de sus dedos flacos, y se acomodó en el banco con movimientos armónicos y sincronizados; una actuación excelsa.

María se acercó al piano, le gustaba usar su tapa como si fuera un espejo. Sus trenzas negras y el vestido de volados color celeste se reflejaban en el lustre de la madera.

La música inundó la sala. Antonia acariciaba el teclado con los ojos cerrados. Solo los sentidos del tacto y del oído tenían lugar en la *performance* dedicada a su hija. No necesitaba partituras para saber qué nota tocar. Era una pianista intuitiva, como le gustaba decir.

Las lágrimas mojaron las mejillas de María, y esta vez no se mordió el labio para frenarlas. Solo con su madre se permitía ser quien era.

Con el final de la pieza musical llegaron los aplausos de María. Antonia se puso de pie e hizo una reverencia; en su imaginación, habitaba un público entusiasta y un teatro abarrotado.

—Gracias, queridita mía. Celebro que te haya gustado. Ahora, ponete un saquito que tenemos que ir a comprar algunas cosas para la cena. Tu padre debe estar por llegar.

Antonia disfrutaba de esperar a su marido con la cena caliente, recién hecha, y con la mesa puesta con dedicación. Ese hombre al que muchos años atrás había conocido en una reunión de amigos le seguía causando el mismo impacto. La primera vez que lo vio pensó que era un príncipe de *Las mil y una noches*. No le importó que fuera japonés y no árabe. La sensación de estar ante alguien imperial no se perdió con los años.

María, obediente, se puso un saco de hilo rosado y se paró al lado de la puerta. A ella también le gustaba preparar la bienvenida para su padre, ese hombre con el que no solo compartía la forma rasgada de los ojos, sino también la pasión por el arte, los libros y los idiomas.

Salieron a la calle. El frescor del anochecer se hacía sentir. Antonia se había olvidado de abrigarse y la piel se le erizó.

—Caminemos rapidito, María. No sea cosa que nos agarre una gripe —ordenó como si la gripe fuera algo que las persiguiera por la calle. Las enfermedades también le daban miedo.

No llegaron a dar ni tres pasos cuando se toparon con Manuel, el vecino, un hombre amabilísimo que siempre encontraba una excusa para entablar una conversación; el rasgo más distintivo de su soledad.

—¡Qué gusto encontrarme con dos señoritas tan hermosas! —exclamó con gesto escénico—. Antonia, qué bueno que la veo. Le quería preguntar por esa melodía de piano que se escuchaba desde su casa hace un rato. ¡Cuánta excelencia! ¿Quién es el pianista? Quiero comprar-me ese disco lo antes posible.

Antonia se sonrojó, no estaba acostumbrada a los halagos.

—No, don Manuel. No era un disco. Era yo quien tocaba el piano.

—¡No puede ser! —expresó el hombre sorprendido—. Usted tiene que dar conciertos. Ese talento no puede quedar entre las cuatro paredes de su casa.

—¡Ay, qué honor sus palabras! Pero solo toco por placer. En algún momento imaginé que la música podía ser mi carrera, pero la vida me deparaba otros planes. Me casé y tuve a mis hijos.

Don Manuel frunció el ceño. Las palabras de Antonia le dejaron un gusto amargo.

—¿Por esto dejó su carrera? —dijo un poco en serio y un poco en broma, mientras tocaba la cabeza de María y le guiñaba un ojo.

Antonia sonrió. Las mieles de la adulación no le dejaron darse cuenta de que el comentario de don Manuel había calado hondo en su hija. La pequeña estaba tiesa, una tenaza imaginaria le apretaba el pecho. Así se sienten las develaciones, como una presión que ancla los sueños y las expectativas a la realidad.

Esa noche, María Kodama supo que no iba a tener hijos. Los hijos cortan las carreras y las ambiciones de las madres, y ella no quería que nada interrumpiera su deseo más profundo: leer, escribir y enseñar.

El efecto visual de las llamas no sería tan fascinante sin el crepitar de la leña a medida que se va consumiendo. El fuego no sabe de silencios ni de decoros. Borges y Bioy habían pasado gran parte de la tarde llevando los troncos desde el leñero hasta la casa de campo. La distancia no era considerable, pero para ellos todo esfuerzo físico terminaba siendo una salvajada que preferían guardar en la intimidad de la amistad, aquella que desde la primera vez que se vieron resultó inevitable. A pesar de que Borges le llevaba quince años, los temas de conversación, las preocupaciones, las lecturas y los intereses eran los mismos.

Estaban contentos con la tarea y con las provisiones: una pila enorme de madera lista para mitigar el frío, dos churrascos para asar en la parrilla, unos tomates jugosos que se iban a convertir en ensalada, dos litros de leche y polvo de cacao para diluir. A Borges le gustaba escribir tomando chocolate caliente, y Bioy le iba a cumplir el capricho de niño grande.

Vicente Casares, tío de Bioy, había sido muy claro: el folleto de publicidad de la leche cuajada debía contener la información científica necesaria para que el público no dudara en comprar el producto novedoso. La Martona, su empresa láctea, había invertido una

fortuna en esa leche dura y cremosa, y no quedaba chance para el error. Borges aceptó encantado; necesitaba el dinero, sus finanzas estaban en números rojos. Bioy, a quien el dinero le sobraba tanto como la belleza, tenía un único interés: aprender a escribir con Borges.

Acomodaron el material sobre la mesa de roble. Libros en una punta y artículos de ciencia médica en la otra. En el medio, varios tomos de la *Encyclopedia Britannica*.

—¿Para qué trajiste estos libracos, Georgie? —preguntó Bioy.

—Porque de todas las fuentes de conocimiento, la *Encyclopedia Britannica* es la más profunda. Además, vos fijate que cuenta con un elemento sorpresa: das vuelta una página y enseguida te vas a encontrar con una curiosidad. No falla.

Al rato, Bioy volvió de la cocina con dos vasos de chocolate caliente; le había echado tanto cacao que, más que una bebida, parecía un postre. Borges rio y aplaudió al mismo tiempo. Su madre, Leonor, era bastante austera con todo, y con el cacao la austeridad se había convertido en avaricia. Pasar el fin de semana gozando de la abundancia de la familia Bioy Casares prometía ser un deleite.

Ambos sorbieron el chocolate de a poco, querían que el dulzor tibio tardara en abandonar sus paladares. Fue Bioy quien rompió la magia, había que trabajar.

—Bueno, Georgie. En principio tenemos que describir las peripecias de la leche cuajada a través de la historia, los métodos de elaboración y, sobre todo, los beneficios para la salud, como sus propiedades para alargar la vida.

Borges asentía, aunque nada le importaba menos que las bondades de la leche cuajada, pero la paga era buena y el desafío mejor aún.

—Necesitamos un científico, Adolfito. El lector suele ser incrédulo, y la palabra de un experto es algo que se acepta sin cuestionamientos.

Se concentraron en las enciclopedias. Luego de un buen rato, encontraron al candidato ideal: Elías Metchnikoff, un médico ruso premiado con el Nobel por sus investigaciones sobre inmunidad.

—A ver, a ver... —dijo Bioy. Se calzó unos anteojos de marco dorado muy delgado y, con una leve tos, se aclaró la garganta para leer en voz alta—. Según la enciclopedia, Metchnikoff escribió ensayos sobre la filosofía optimista, sobrevivió a varios infartos, tuvo frecuentes periodos depresivos, fue el creador de una teoría médica sobre la fagocitosis y de otra sobre la vejez. Pero de la leche cuajada, nada de nada...

—Bueno, esa es nuestra tarea —acotó Borges con serenidad—. Tenemos que mejorar al personaje, hacer que sea más creíble que el resto, la única voz autorizada en el mundo para avalar la leche cuajada de tu tío.

—¿Y por qué nuestro científico va a ser más creíble que el resto?

—Porque somos escritores, Adolfo.

Durante una hora marcaron textos, tomaron apuntes y separaron la información que iba a servir como base del folleto publicitario.

—Hay un asunto que tenemos que reparar —dijo Borges con tono y gesto de preocupación—. Si nuestro científico descubrió el elixir de la vida y de la longevidad...

—No podría haber tenido el descuido de morir a los setenta y un años —remató Bioy—. Es una edad muy poco avanzada para un hombre que descubrió el misterio de la vida eterna, ¿no?

Se quedaron un largo rato dándole vueltas a la cuestión, hasta que acordaron una presentación airosa. Borges la leyó en voz alta:

—«El médico ruso Elías Metchnikoff, miembro de una familia de muertes anticipadas, murió a los ochenta y cinco años...» —La risa le impidió seguir leyendo el texto. Bioy se sumó a la carcajada.

Recordarían infinidad de veces aquella noche helada en el medio del campo y coincidirían, ante quien quisiera escucharlos, en que la leche cuajada había sido la musa inspiradora del primer hecho literario de sus vidas.